

En la amplia lista de nombres se hallan: Luis Gómez, Lapa de Almeida —decorador del pabellón de Portugal en Bruselas—, Francisco Religio, Premio de Joven Pintura; Ruivo Alves, Gastao Seixas —arduo visitante de nuestro Museo del Prado—, Armandio Silva, miembro del Grupo de Grabadores Internacionales; Joao Viera, Antonio Bronze, Adelino Fergueiras, con obra en el Museo Nacional de Soares dos Reis de Oporto, y Antonio Quadros. El último citado acaso sea el artista con mayor fuerza expresiva y el que presente una obra que tenga, dentro de una tendencia mágica, resonancias de Max Ernst, una incorporación más portuguesa. Quadros ha sabido escoger una raíz popular, ingenuista, y luego dotada del imprescindible proceso intelectual que la dignifique y cree el arte con categoría y unidad. En este artista se aprecia una honda ternura y un aliento de “saudade”, vocablo que empleamos aun sabiendo que se hace inevitable en glosa que tenga a Portugal como protagonista, pero que aquí, sin estar buscando el sentimentalismo con predisposición, que de ser así perjudicaría al propósito plástico, éste surge naturalmente de la obra de Quadros, que es la única manera de que la literatura tenga permanencia en la plástica, cuando es una proyección lógica de la misma.

El conjunto ha merecido grandes elogios de la crítica madrileña, y varios de los artistas han recibido proposiciones para exponer en Barcelona tras la muestra celebrada en Madrid.

La falta de conocimiento ha quedado ya superada y sólo beneficios ha de reportar a los dos países hermanos. Y esto nos recuerda el caso del parentesco extrañísimo —pues no se conocieron los protagonistas— de Sequeiro y Goya, el uno asomado a la ribera del Manzanares y el otro apoyado en el barandal de algas del Atlántico. Sus vidas fueron parejas, tanto como sus obras; pero este tema exigiría otro comentario. Hoy sólo sirve para identificar sentires y expresiones.

NUEVAS SALAS EN EL MUSEO LÁZARO GALDEANO.

MEDALLAS, TEJIDOS, ARMAS, CUADROS.

Si el valor de una vida puede medirse también por el bien hecho a los demás, muchos méritos tuvo el ilustre hijo de Beire (Navarra) don José Lázaro Galdeano, fallecido en Madrid el año 1947, quien al morir legó sus colecciones al Estado español, habiéndose de tener en cuenta que el precio de los objetos cedidos sobrepasaba los mil millones de pesetas, existiendo algunos de valor incalculable por ser piezas únicas en el mundo.

Fué don José Lázaro Galdeano financiero famoso y más famoso aún coleccionista de los más variados objetos, tarea esta última en la

cual le acompañó su esposa, doña Paula Florido. Su nombre era conocido en todos los lugares de Europa y América, y los anticuarios internacionales sabían bien que las piezas más valiosas que llegaban a sus manos tenían en este español, retraído y hasta hosco, a un seguro comprador.

Su larga vida —nació en el año 1862— fué una dedicación completa al arte, gracias a la cual España hoy cuenta con un museo único, dada la variedad de objetos que en él se exhiben, desde el célebre “San Juan”, de Leonardo de Vinci, hasta la más completa colección de pintura inglesa, sin contar los lienzos de Velázquez, “El Greco” y Goya. Pero aparte de la pintura, el afán coleccionista de Lázaro Galdeano llegaba a todos los objetos que tuvieran un valor artístico o histórico, y así, ejemplares como la famosa copa del emperador Rodolfo II se hallan mezclados con la serie más rica de esmaltes de Limoges.

La medalla de Pisanello.

Ahora se han inaugurado nuevas salas que son exponente de una riqueza incalculable que ha necesitado años para su clasificación, llevada por notables expertos, bajo la dirección de José Camón Aznar, director del museo. De estas varias salas destacan las dedicadas a medallas, telas y armas. La primera constituye un archivo impar para estudiar la historia de la medalla en el mundo apartado, artístico, del cual casi carecía España. En la colección figuran ejemplares firmados por Antonio Pisano, a quien se considera inventor de la medalla, conocido por “El Pisanello”. Desterrado de su patria, Verona conoció en Ferrara al emperador de Constantinopla, Juan Paleólogo, cuando la peste disolvió el Concilio allí reunido para intentar la posible unión de las dos iglesias. De este emperador —hombre apuesto, con barba cortada a la griega— hizo el artista un dibujo que hoy se conserva en el Museo del Louvre, y que luego utilizó para el perfil de la que puede considerarse primera medalla artística. Un raro ejemplar con la figura de Alfonso V el Magnánimo fué la medalla con la que inició Galdeano esta colección que hoy puede considerarse única en el mundo, tanto por la cantidad como por la calidad.

El célebre estoque de Tendilla.

Las salas reservadas a las armas son también inapreciables. En una vitrina se ofrece, en toda su integridad, al visitante una pieza excepcional de la mayor importancia artística, histórica y aun política: el estoque de Tendilla, regalado por el Papa Inocencio VIII a don Iñigo López de Mendoza, segundo conde de Tendilla, cuando consiguió, siendo embajador en Roma, concertar la paz entre Roma y Nápoles, siendo aclamado.

mado como "Fundador, Italike, pacis et honoris". Este viaje del conde de Tendilla tuvo una significación trascendental en la cultura española, pues con motivo de su admiración apasionada hacia el Renacimiento italiano —se trajo a España consigo al humanista Pedro Mártir de Angleria— se inició, por parte de la poderosa familia de los Mendoza, un nuevo estilo arquitectónico de tan decisiva influencia en todas las artes.

El célebre estoque es un gran espadón de ceremonia de suntuosa labra en el puño y singularmente en la vaina, calada y adornada por los mas bellos motivos renacentistas. Lleva una inscripción conmemorativa en la hoja, y su simbólico papel de instauración del Renacimiento en España ha sido exaltado por los historiadores de nuestro arte, diciendo don Elías Tormo que "con este estoque el Renacimiento rompió la brecha por la que, caudalosamente, se había de abrir paso en España". Su autor es Domenico de Scri. Con estas armas los Pontífices distinguían a los capitanes más ilustres de la Cristiandad.

El único retrato de Lope de Vega

Entre la nueva pintura expuesta se halla el único retrato que se conoce de Lope de Vega, en donde aparece vestido con hábito sacerdotal y venera de la Orden de San Juan. Su rostro no está copiado del natural, sino de una mascarilla de la cual se han sacado todos los dibujos que representan la figura del Fénix de los Ingenios.

La enumeración de los objetos ahora reunidos y clasificados es imposible, pues ocuparía un extenso volumen. Polvorines, puñales, armas de mano izquierda, de tijera, y una maravillosa colección de espadas españolas, francesas, alemanas e italianas, así como de cascos, lanzas, pistolas, pistoletos y escopetas, superan las guardadas en la Real Armería y la colección del Museo del Ejército. Pero siendo la catalogación imposible, no lo es manifestar la satisfacción que a todos cumple el saber que este gran tesoro, que se une a los ya exhibidos, es propiedad de los españoles, gracias a la generosidad sin límites de su fundador, Lázaro Galdeano, ejemplo en la actuación de hoy.

PINTORES DE TODA ESPAÑA EN TORNO AL HOMENAJE A CARLOS PASCUAL DE LARA.

Pocas Exposiciones han tenido el carácter sentimental de la inaugurada en los locales del Museo de Arte Contemporáneo en memoria y homenaje a Carlos Pascual de Lara, el joven pintor de la Escuela de Madrid recientemente fallecido.

Esta exposición se ha logrado con la aportación de todos los artistas españoles. De todas las regiones han llegado cuadros donados con destino a su venta y pública subasta para allegar fondos para la viuda e hijo del artista, que no poseen otro patrimonio que el parentesco con el artista muerto. El éxito económico sobrepasa al medio millón de pesetas. Cataluña, Valencia, Bilbao y Madrid son los centros que más aportaciones han hecho a este certamen, que sobre la excelente calidad de lo expuesto tiene el gran valor que supone la solidaridad espiritual de los artistas españoles hacia los familiares de quien alcanzó gloria y no alcanzó su correspondencia material, que permitiera la continuación de una vida para los suyos, con la lograda durante el ejercicio de su labor. Desde Vázquez Díaz a Benedito, desde Benjamín Palencia a Ortega Muñoz, desde los figurativos y académicos hasta los abstractos y concretos, todos los pintores y muchos escultores se han sumado a este recuerdo emocionado a Carlos Pascual de Lara.

El pintor madrileño, junto al valor de su obra, poseía un hondo valor humano. Con esta frase, acaso demasiado utilizada, y en ocasiones no bien aplicada, queremos expresar la calidad del hombre que andaba por la vida con el corazón abierto, con la amistad generosa y sincera, con la bondad como eje de sus actos. El acto inaugural de esta exposición que ha patrocinado la Dirección General de Bellas Artes y otros Organismos oficiales, las conversaciones eran recuerdo y nostalgia hacia la alta figura del artista. Unos recordaban los días —muy importantes para el arte contemporáneo español— de la Escuela de Vallecas. Era tiempo nuevo, recién nacido de la guerra de Liberación. Carlos Pascual de Lara, con otros artistas jóvenes, con esa juventud auténtica de los veinte y los diecinueve años, con Alvaro Delgado, San José y otros pintores, hoy con rango y fama, seguían la ruta del pueblo cercano de Vallecas, donde todavía no se pierden de vista las torres y la gracia y color de Madrid, y allí, bajo la dirección de Benjamín Palencia, y en derruido caserón, desde la mañana a la noche, a pintar y pintar, a hablar y hablar, a oír las teorías “angélicas” de Palencia, de ese descubridor en la plástica de la geología de Castilla. Eran días que Carlos Pascual de Lara recordó siempre con nostalgia, días de parcas comidas, pan y queso, según criterio castellano de Benjamín Palencia, y algún trago de Valdepeñas. La primavera y el verano fueron las estaciones que vieron bajar a los expedicionarios a las tierras secas de Vallecas, donde unas veces recibían ayuda y otra alguna pedrada de la chiquillería andante. Otros artistas recordaban las mañanas de la Academia, su rebelión ante ciertas fórmulas, su ansia de encontrar a la pintura un aspecto nuevo, su afán por hallar una cuadratura del círculo plástico, y otras horas en el “Casón”, nombre dado al Museo de Re-